

Desde lo arruinado

COLECCIÓN CONTRAPUNTO

- Adolfo Chaparro Amaya *Modernidades periféricas*
Laura Quintana *Política de los cuerpos*
Luciana Cadahia y Ana Carrasco Conde (eds.) *Fuera de sí mismas*
Macarena Marey (ed.) *Teorías de la república y prácticas republicanas*
Laura Quintana *Rabia*
Paula Biglieri y Luciana Cadahia *Siete ensayos sobre el populismo*
Gerardo Ávalos Tenorio *La filosofía política de Marx*
Miguel Giusti (ed.) *La actualidad del pensamiento de Hegel*
Flor Emilce Cely Ávila *Mujeres, poder y conocimiento*
Luciana Martínez y Esteban Ponce (eds.) *El genio en el siglo XVIII*
Alejandra Azuero Quijano *El paro como teoría*
Laura Quintana con Damián Pachón *Espacios afectivos*
Diana Aurenque *Animal ancestral*
Zenía Yébenes Escardó *Hechos de tiempo*
Luciana Cadahia *República de los cuidados*
Luciana Martínez y Laura Pelegrín *La cosa, en sí*
Lina Álvarez Villarreal *Reanimar el mundo*
Ángeles Eraña y Alejandra Ramírez (comps.) *De resistencias y opresiones*
Walter Mignolo *La idea de América Latina*
María del Rosario Acosta López *Gramáticas de la escucha*
Jorge Zúñiga *Enrique Dussel: Filosofar desde América Latina*

Laura Quintana

Desde lo arruinado

Recomposiciones del mundo
entre el deseo y el daño

Herder

Diseño de la cubierta: Gabriel Nunes
Imagen de portada: © Luis Miguel Cepeda

© 2026, *Laura Quintana Porras*
© 2026, *Herder Editorial, SL, Barcelona*

ISBN: 978-84-254-5434-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a cedro (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta:
Depósito legal: B- -2026
Printed in Spain - Impreso en España

Herder
www.herdereditorial.com

*A quienes, desde las ruinas del mundo,
resisten para reexistir*

*El futuro puede en efecto anticiparse y arruinarse, en
ambos casos, por un esfuerzo excesivo y un agotamiento
prematuro.*

K. MARX, *Teorías sobre la plusvalía*, III, XXI

*De todo aquello que entienden los escombros
la única tierra prometida y verdadera*

FEDERICO DÍAZ GRANADOS, *Grietas de luz*

*So much has been destroyed
I have to cast my lot with those, who, age after age,
Perversely, with no extraordinary
Power, reconstitute the world.*

ADRIENNE RICH,
«Natural Resources»,
The Dream of a Common Language

Índice

<i>Agradecimientos</i>	15
<i>A modo de advertencia</i>	17
I. ¿RECOMPONER UN MUNDO ARRUINADO?	19
1. Las cosas no van bien y, sin embargo..., todo puede empeorar	27
2. Entre la inercia, la impotencia y el deseo de destrucción	29
3. Del consensualismo verde y sus estrategias de negación	34
4. Disputar el tiempo, disputar la lectura del daño	38
5. «Nuestra casa ya ha estado en llamas»	42
6. La arruinación y sus entramados	45
7. ¿Recomponer?	49
II. EL CAPITALISMO COMO RÉGIMEN DE ARRUINACIÓN ...	57
1. Las ruinas del progreso	60
1.1. Fetichista mercancía	63
1.2. El mito del progreso	66
1.3. La ruina como dispositivo desmitificador	69
2. De las ruinas a la arruinación	70
3. Una lógica internamente destructiva	75
3.1. Abstracción y valor	77
3.2. Escisión	81
3.3. Destructiva escisión	84
3.4. Colapso	87

3.5. Más que un principio unitario, una lógica heterogénea	90
4. Una forma de habitar que ha arruinado el mundo ...	96
4.1. Habitar es ocupar	99
4.2. La extracción colonial: su producción de <i>trabajo muerto</i>	102
5. Expansión sin límites: una fractura metabólica reiterada	107
6. El tiempo arruinado	116
7. En medio de la arruinación	131
III. HISTORIAS DE REEXISTENCIA	137
1. Situando el enfoque: inmanencia, relacionalidad, diferencia	141
1.1. Más allá de la alteridad radical	142
1.2. Más allá del «nativo ecológico»	148
1.3. Más allá de la resiliencia	153
2. Persistente deseo	158
2.1. Plasticidad	160
2.2. Recomponerse desde la alteración	170
2.2.1. Vida alterada	175
2.2.2. Desde la hojarasca: recomponer una cotidianidad	182
2.3. Resistir para reexistir	195
2.3.1. Fracturando una historia de arruinación ...	197
2.3.2. «Recuperar la tierra para recuperarlo todo»	205
2.3.3. Del tejer y destejer	212
3. Algunas ideas sobre reexistir: del cuidado del mundo y su generatividad	221
IV. UN HORIZONTE DE RECOMPOSICIÓN MÁS ALLÁ DEL CAPITALISMO	227
<i>Apuestas compartidas, compromisos irrenunciables</i> ...	231
<i>Una superación inmanente</i>	236
1. Desincorporar un modo de vivir imperial	239

1.1. Un modo de vivir tan encarnado como insostenible	240
1.2. Desde lo arruinado: contrarrestando la abstracción	245
1.3. El mundo no está vacío	250
1.4. Hacia un modo de vivir no imperial	254
2. Del decrecer y de la abundancia: antídotos contra la arruinación	258
3. <i>Reformas no reformistas</i>	265
3.1. Desacelerar y reducir el consumo	268
3.2. Redistribuir	271
3.3. Fortalecer lo público y lo común	276
3.4. Transición energética más allá de una lógica imperial	284
3.5. Política espacial	289
3.6. La reversión de la deuda	296
4. Democratizar la vida para detener el fin del mundo	301
4.1. El poder de los muchos y el cuidado de las redes vitales	308
4.2. Organizar el poder popular y prolongar una política del lugar	312
4.3. Una revolución que ya ha empezado	321
EPÍLOGO. POR UNA POLÍTICA DE LO CONDICIONAL	333
<i>Referencias bibliográficas</i>	339

Agradecimientos

Todo proyecto vital supone tantos apoyos materiales, tantos sostenes afectivos, tantas conversaciones que van y vienen.

Quisiera agradecer especialmente a las amigas y los amigos que con sus palabras y recomendaciones, con sus cuidados y cariño, me impulsaron en medio de esta indagación: a Luis Miguel Cepeda, Nicolás Lema, Gustavo Chirolla, Giovana Suárez, Carlos Arturo López, Vanessa Villegas, Ricardo Rozental, Camilo del Valle Latanzio, Juan Pablo Vera, Max Hering, Andrés Páez, Libardo Ariza, Juan Alejandro Chindoy y Reinaldo Bernal.

También le agradezco especialmente a mis padres por su apoyo en el cuidado de mi hija durante el verano de 2024, lo que fue fundamental para que pudiera escribir el capítulo II del libro.

Gracias especiales también a Andrea Lehner por los espacios de conversación en nuestros talleres sobre ecología política, a Pablo Jaramillo por nuestro seminario «Toxicidades residuos y otros futuros»; a Andrés Parra por compartir su saber decantado sobre Marx en el semillero que dedicamos a este autor; a las y los estudiantes del curso «Pensadorxs de la reexistencia»; a Daniel Moreno por sus comentarios sobre Benjamin para el capítulo II; a Manuela Fernández por programarme un bimestre de descarga en 2025-II, que fue crucial para terminar el libro.

Gracias también a Raimund Herder por el apoyo en los proyectos que hemos emprendido con la editorial y al equipo de edición por su trabajo esmerado con cada libro.

Y, por supuesto, gracias siempre a Feliza y Pablo, por ella y por él todo se sostiene e ilumina de la manera más vital.

A modo de advertencia

El proceso de investigación y de escritura de este libro ha estado atravesado por múltiples historias de despojo, de violencia, de destrucción que han ido produciendo, por varios siglos, este mundo nuestro tan arruinado. En el texto final solo han quedado recogidos los rastros de algunas de aquellas que he podido estudiar con más detenimiento. Entre ellas hay sin duda enormes diferencias, pero también sorprendentes proximidades y resonancias, que irán apareciendo en la lectura. Constantemente me asediaba algo que permaneció en gran parte innombrado, porque desarrollarlo hubiera requerido una elaboración de fondo que podía dispersar los ejes centrales del trabajo. Y, sin embargo, en cierto modo es una experiencia que está profundamente anudada a todo lo que expongo.

Durante los últimos dos años y medio, tuve siempre en mente las imágenes y las noticias que llegaban de Palestina, la historia prolongada de ocupación que ha sufrido, el genocidio más reciente que ha dejado miles y miles de cuerpos –sobre todo de niñas y niños– masacrados o sometidos a una dolorosa muerte lenta por inanición forzada; el éxodo de miles y miles buscando refugio; los escombros y las ruinas que han quedado; la forma en que se ha buscado removerlas, para *limpiar* el terreno y poder rentabilizarlo; la bancarrota de las instituciones internacionales y de los discursos liberales para detener la crueldad.

Todo esto es la ruina y la destrucción que va dejando *el modo de vivir imperial* y su tendencia a capitalizarlo todo

para sí, también la muerte. Una tendencia que, tal y como aparecerá en este libro, ha venido arruinando el mundo y destruyéndolo, mientras parece que nos deja paralizados, con la sensación de que no tenemos nada que hacer.

Esta indagación emerge de un impulso contrario. De un deseo de reconocer la materialidad de estas ruinas y de los procesos que las atraviesan, de un deseo de resistencia, de hacer valer la vida y los esfuerzos por reexistir, pese a todo, y, especialmente, de recomponernos en medio de lo que queda, de lo que aún *hay*, que no es poco.

I. ¿Recomponer un mundo arruinado?

«Las cosas no van bien». Tal vez esa sea una constatación característica de los tiempos que corren. Podría empezar desde tantos lugares, historias y enfoques para destacarlo... Pensemos en personas trabajadoras de clase media –yo misma y quizá muchas de quienes me leen– que pueden llegar a fin de mes y eventualmente hacer algunos ahorros, pero están expuestas a agotadoras jornadas laborales, que les demandan adaptación e innovación constantes, rendimiento cada vez más eficiente, evaluaciones continuas, en condiciones de agudizada incertidumbre e inestabilidad. Su trabajo les exige todo, al punto del *burn out*, y no saben si mañana lo conservarán, aunque de él dependa completamente su vida, por ejemplo, que puedan pagar las necesidades básicas y las deudas que seguramente han adquirido, los servicios que ya no son derechos y que no tienen asegurados. Entre tanto, los días pasan de la oficina a la casa, en medio de la polución, las tareas de cuidado que llevan a cabo algo distraídamente cuando *escrolean* por el celular o hacen zapeo en la televisión en busca de desconexión; allí solo encuentran cuerpos similares entre sí, voces parecidas, las mismas narrativas reformateadas en un tono más ligero y rápido. Aunque eventualmente se den el lujo de algún alimento orgánico, consumen –aunque no lo sepan o no quieran saberlo– comida que contiene restos de residuos tóxicos (de pesticidas, de micro y nanoplásticos, etcétera) que eventualmente terminarán causando alguna enfermedad cardiovascular o ligada al cáncer. Finalmente descansan unas horas y vuelven a comenzar el trajín una vez más, estimuladas

por la idea de comprar y consumir productos que les brinden alguna nueva *experiencia* y puedan quebrar, al menos por unas horas, con la inercia de sus días.

Pensemos, además, en jóvenes que tienen la posibilidad económica de formarse y se esfuerzan para llegar a ser profesionales con un trabajo en las condiciones antes descritas. Su futuro –parece decidido de antemano– quedará cobijado por el mismo horizonte de agotamiento o, si lo decimos con Marx, de explotación. Imaginemos ahora la situación de personas mucho menos afortunadas, sin trabajo formal, en condiciones mucho más precarias, quienes no saben cómo llegarán a fin de mes. Tengamos en cuenta los cuerpos sobreexplotados de personas empobrecidas y racializadas –cuyo trabajo se paga muy por debajo de su valor en jornadas prolongadas e intensas– en zonas marginalizadas; lugares convertidos algunas veces en vertederos de basuras y de residuos tóxicos que eventualmente acabarán volviéndose «zonas de sacrificio», como se les ha llamado (véase Lerner 2010); cuerpos de ancianos que quedaron en la indigencia porque no reciben pensión; niños africanos que son obligados a trabajar en minas de cobalto, un mineral que luego terminará en los teléfonos móviles que usamos; fábricas de la muerte de animales que vivieron y murieron mal, para producir más carne y más barata. Consideremos los bosques que se deforestan para producir esa carne, los efectos diversos sobre los ecosistemas que trae esa deforestación, y otras tantas muchas intervenciones intensivas a gran escala –de extracción depredadora, ligada con procesos de industrialización– que han devastado, desde mucho tiempo atrás, territorios y cuerpos en pos de obtener un provecho y de capitalizar esa ganancia. Algunos de los habitantes de esos lugares migran a países del *Primer Mundo* para buscar mejores condiciones de vida y son allí ilegalizados por poderes implicados en la devastación territorial que han sufrido, mientras los persiguen como si fueran vidas excesivas y completamente expuestas, con las cuales se puede hacer cualquier cosa. Entretanto, campesinos de regiones fijadas

como periféricas son forzados a vender sus tierras a bajo precio para el desarrollo de proyectos económicos mineros, agropecuarios o para el negocio de los bonos de carbono; algunos más han sido arrasados por escuadrones de la muerte que, en muchos lugares del sur global,¹ han llevado a cabo prácticas conocidas como «vaciamiento territorial».

Claramente, si lo apoyamos con informes oficiales, las cosas no van bien para la gran parte de los seres humanos del planeta. Según el informe de Oxfam para 2024, la extrema riqueza y la extrema pobreza siguen en aumento (Oxfam 2024, 8). Asimismo, «únicamente el 0,4 por ciento de las 1600 empresas más grandes e influyentes del mundo se compromete públicamente a pagar a sus trabajadores y trabajadoras un salario digno» (*ibid.*, 20). Además, todas estas afectaciones ocurren siempre en cadena, pues les suceden a cuerpos que componen formas de vida, en múltiples relaciones espaciales, temporales, geológicas, atmosféricas y así ellas se hacen más difusas, envolventes y destructivas.

Consideremos de hecho los impactos ecológicos que ha traído consigo una devastación territorial tras otra, una intervención intensiva y a gran escala tras otra, y que hoy alcanzan incluso a las personas más ricas y privilegiadas con los efectos del cambio climático: sequías prolongadas, inundaciones catastróficas, agotamiento de combustibles fósiles, encarecimiento de recursos, disminución de rendimientos agrícolas, propagación de nuevos virus, veranos insoportables, entre

1 Soy consciente de que la división entre norte y sur global, como frontera geográfica, se ha vuelto cada vez más problemática, pues en el norte global hay cada vez más periferias marginalizadas, así como en el sur global se han configurado importantes centros de poder. Sin embargo, en movimientos anticoloniales actuales persiste la denominación para dar cuenta de cómo esta frontera geográfica, que se fue complicando y haciendo más rizomática, tiene una procedencia colonial, que trajo efectos sobre lugares históricamente empobrecidos y marginalizados. Al hablar del «sur» se alude entonces a las formas de dominación y marginalización vinculadas con un modo de vivir imperial.

otros. Las cosas claramente no van bien cuando se han traspasado todos los límites planetarios.

No solo se ha alterado el clima global por la quema de combustibles fósiles y la deforestación, vinculada a la conversión de bosques, y otros ecosistemas naturales, sino también por el uso excesivo de fertilizantes y productos químicos sintéticos, así como por la liberación de metales pesados, ligados a actividades industriales intensivas. Estos fenómenos han producido la destrucción de hábitats naturales, la sobreexplotación de especies, y con ello la disminución de biodiversidad. Además, se ha causado el empobrecimiento de los suelos, la alteración de los ciclos de nitrógeno y fósforo, lo que a su vez ha afectado la biodiversidad acuática y ha generado la acidificación de los océanos, así como la contaminación química del aire y de las fuentes hídricas (IPCC, 2022). A fin de cuentas, el clima está embebido y depende de múltiples relaciones ecológicas en las que está implicado el ser humano. Lo escribo y sé que todo esto lo han leído ya en muchos lugares y contextos diferentes, lo sabemos y vamos constatando no solo que las cosas no van bien para la vida en la Tierra, sino que queda poco tiempo para el mundo humano en ella. De hecho, la destrucción puede acelerarse aún más, pues, mientras todos los daños que he recogido brevemente se multiplican y acentúan, van ganando tracción opciones antidemocráticas que intensifican el sufrimiento social y la degradación ecológica para muchas personas.

Así, parece que nos vamos quedando sin futuro: no solo las posibilidades de una vida humana, con mínimas garantías sociales, se reducen cada vez más para la mayoría, sino que el mundo se va haciendo menos habitable para muchos seres vivos. Y aquí nos encontramos con una paradoja que asedia al pensamiento hoy y le da su impulso inicial a esta reflexión: cuando se siente que las cosas no van bien por intervenciones que los mismos humanos hemos desencadenado, podría pensarse que es evidente la necesidad de una transformación profunda de las prácticas que nos han llevado a donde estamos,

para alterar radicalmente el rumbo. Más aún, parecería que por doquier recibimos la llamada inaplazable de la urgencia, pues es mucho lo que ahora se juega. Y, sin embargo, se reitera la inercia, una y otra vez se repiten las condiciones del daño y, más aún, se imponen visiones autoritarias, tendencialmente negacionistas, que lo hacen más definitivo y radical.

Este libro surge en medio de esta constelación de fenómenos, desde la sospecha de que hace falta pensarlos en relación, y con un espesor histórico que se pasa por alto en las lecturas abstractas y deslocalizadas que tienden a imponerse en el presente. Porque lo más habitual es reducir las cosas, omitir sus raíces nudosas y opacas que las enredan una con otras, ya que resulta cómodo y tranquilizador evitar tomarse en serio la exigencia de transformarse a fondo, desde las marañas que nos conforman, acogiendo todo lo que podría implicar reconfigurarlas. Sin embargo, esta reducción y este aplanamiento nos encierran aún más en el *impasse* y nos impiden explorar verdaderas alternativas para detener y contrarrestar la devastación de la vida.

Lo más usual, dado que se ha vuelto hegemónico, es el punto de vista liberal que intenta convencernos de que no hay conexión de fondo entre «crisis ambiental» y auge de visiones autoritarias; que esto último se debe a la falta de información verificada, de educación y de fomento de los valores liberales, mientras lo primero se reduce al cambio climático y se resolvería mediante ciencia y tecnología, con vistas a lograr un desarrollo sostenible y un crecimiento económico que logre respetar los límites planetarios. Sin embargo, en este libro apunto a mostrar que esta visión liberal –a la que caracterizaré como consensual, por razones que expondré más adelante– no solo está equivocada al ser irracional e insostenible desde un punto de vista ecológico, sino que, precisamente por ello, ha estado estrechamente implicada en generar y reproducir la devastación del mundo que hoy habitamos, una devastación que las visiones autoritarias y negacionistas terminan por acentuar.

En efecto, tal visión liberal abstrae de la historia del capitalismo y de la manera en que este, desde el comienzo, des-

encadenó múltiples procesos erosivos y destructivos de la vida, de su multiplicidad de relaciones y de la igualdad de cualquier cuerpo con cualquiera. Estos procesos corrosivos se vinculan con «un modo de vivir imperial» (Brand y Wissen 2018) que el liberalismo ha invisibilizado y legitimado. Se trata de un modo de vivir, basado en el crecimiento económico y en el consumo (de todo tipo de bienes y servicios), que se ha globalizado como el modelo hegemónico deseable para «la humanidad», y que hoy se encuentra profundamente encarnado en las prácticas cotidianas de múltiples sujetos por todo el planeta (*ibid.*, 26). Sin embargo, esta forma de vida requiere del uso intensivo de recursos y de un ingente gasto energético para mantener el régimen de productividad y la prosperidad material que promete, localizada sobre todo en ciertos centros de poder. A fin de cuentas, como veremos, se trata de recursos obtenidos mediante la explotación de cuerpos y territorios de zonas tratadas como periféricas, cuya dominación se normaliza y se reitera una y otra vez.

Así, este modelo se basa en la constante creación de un *afuera*. Una exterioridad que –de manera directa o indirecta– ha de ser colonizada de modo que puedan desplazarse allí las cargas sociales y ecológicas necesarias para la reproducción del sistema, mientras los lugares ocupados se violentan y arruinan al explotarlos como fuente de insumos y como vertederos de desechos. Estos lugares simplemente se «sacrifican» –se encierran, se remodelan y degradan– por el bienestar de otros, a la vez que este sacrificio se normaliza mediante la «externalización» de los daños y de los costos que estos traen consigo (*ibid.*, 67; Saito 2024, 28-29). Esta es entonces una externalización que minimiza y abstrae numerosas formas de violencia, de larga duración, al tiempo que niega la *inviabilidad* que la caracteriza, pues habrá un momento en el que el *afuera* no pueda extenderse más, cuando no queden más lugares y recursos que subordinar y exprimir, y todo el planeta entero haya quedado arruinado y, cada vez, más devastado. Pero todos estos daños, por mecanismos que analizaremos en

la indagación, se invisibilizan a un punto tal que incluso las personas afectadas pueden apegarse al estilo de vida prometido, aunque este estilo –con sus deseos y promesas– agote y arruine sus cuerpos y los lugares que habitan.

Desde una filosofía atenta a la contingencia, me interesa reconocer estas trayectorias erosivas y destructivas, y sus enredadas y heterogéneas sedimentaciones materiales en el mundo; los escombros que han ido produciendo por doquier, a través de dinámicas imbricadas en el tiempo (véase Quintana 2023, 24-32). Son procesos ruinosos, en los que muchas veces no se logra destruir por completo la vida que se erosiona e impacta enormemente, pues, a pesar de todo, en medio de lo arruinado van emergiendo deseos, nuevas capacidades y potencias. Para dar cuenta de estos procesos y de su carácter continuado, me veo forzada a introducir el neologismo *arruinación*.

Por una parte, el sustantivo *ruina*, derivado del verbo *arruinar*, se centra en el estado final o en los restos de algo que ha sido destruido, no en el proceso mismo. Además, puede evocar restos reificados –convertidos en monumento o patrimonio– y susceptibles de ser contemplados con placer estético, es decir, haciendo abstracción de la violencia que los generó (Stoler 2013, Gordillo 2014). Por otra parte, la sustantivación *ruinación*, traducción del vocablo inglés *ruination*, usado por Ann Stoler (2013) –quien, como aclararé luego, inspira mis reflexiones–, no abarca los diversos registros que, en castellano, se vinculan con el arruinar y el quedar arruinado: desde la bancarrota y el empobrecimiento hasta el deterioro que sufre un lugar, un objeto e incluso una persona, en sus capacidades. Todos estos sentidos convergen en la noción de arruinación que aquí movilizo.

Para expresarlo por ahora en términos generales, lo arruinado se refiere al reconocimiento de que el campo de posibilidad y la apertura de un porvenir se van cerrando para la mayor parte de seres de la Tierra. Esto es así debido a que el capitalismo se ha impuesto como el único régimen de sentido aceptable, y por la manera en que este régimen está articulado